

Brasil: Dos tácticas en el Congreso del PSOL

VALERIO ARCARY :: 01/11/2021

7º Congreso del partido trotskista

El PSOL (Partido Socialismo y Libertad) celebró su Congreso Nacional y reafirmó la apuesta del PSOL en la lucha por el *impeachment* de Bolsonaro impulsando la movilización de masas. Sin embargo, ningún sector importante de la burguesía quiere la caída de Bolsonaro antes de 2022. Incluso los que han evolucionado en esta dirección han retrocedido en algún momento. La perspectiva del derrocamiento de Bolsonaro se volvió improbable tras la «apoteosis» de la movilización reaccionaria que sacó a cientos de miles de personas a las calles el 7 de septiembre.

En este contexto, el Congreso también aprobó una resolución que autoriza a la dirección a defender una mesa de negociación con el PT, y otros partidos de izquierda, sobre un programa de reformas estructurales y medidas anticapitalistas. El objetivo es explorar la posibilidad de una candidatura presidencial común. El PSOL también aprobó una resolución que desautoriza y prohíbe la participación en gobiernos de coalición en los que estén representados los enemigos de clase, o que tengan una orientación que ataque los derechos de los trabajadores.

En otras palabras, señaló que está «abierto» a buscar un acuerdo en torno a un programa común para revisar todas las medidas reaccionarias aprobadas en los últimos cinco años, pero, al mismo tiempo, que este acuerdo no significa una disposición a integrar un posible gobierno de Lula. Dos decisiones que se complementan.

Estas posiciones se tomaron considerando cinco elementos más favorables de la nueva situación internacional, especialmente en América del Sur, después de un año y medio de pandemia: a) la derrota electoral de Trump; b) la victoria electoral del MAS en Bolivia contra el golpe de Estado; c) la victoria de una candidatura de izquierda en Perú; d) el triunfo, aunque parcial, de la ola de movilización de masas en Chile con la elección de la Asamblea Constituyente; e) la resistencia en Venezuela contra las presiones imperialistas para el derrocamiento del gobierno de Maduro. Identificó que, con la excepción de Colombia, quizás, donde se acercan las elecciones presidenciales pero el uribismo sigue siendo muy fuerte, la situación brasileña parece ser la más retrasada.

Pero, en realidad se trata de un giro táctico, en función, en primer lugar, de las derrotas acumuladas desde 2016, es decir, de una evaluación de la relación social de fuerzas. En todas las elecciones hasta la fecha, el PSOL ha lanzado su propia candidatura presidencial: Heloísa Helena en 2006, Plínio de Arruda Sampaio en 2010, Luciana Genro en 2014 y Guilherme Boulos en 2018. Consiste, por tanto, en un reposicionamiento. No podían faltar las dudas y las objeciones.

Una importante minoría del 40% critica esta posición, apasionadamente, casi como un «pecado» político. No tener una candidatura propia se denuncia como una capitulación que amenazaría la existencia del PSOL: un armagedón o «fin del mundo». Para formarse un

juicio del debate hay que equiparar tres elementos centrales: cuál es el peligro bolsonarista, cuál es el legado de la tradición marxista en la lucha contra el peligro neofascista y cuál es el lugar del PT.

1 ¿Es Bolsonaro un neofascista?

a) Es necesario ser riguroso al estudiar a nuestros enemigos. El bolsonarismo no es sólo una corriente electoral de extrema derecha, es un partido de «combate» en ciernes y, lo que es más importante, está en el poder. Movilizó a cientos de miles de una masa privilegiada de clase media, exaltada y furiosa el pasado 7 de septiembre. Los partidos electorales, especialmente cuando están en el poder, no se apoyan en movilizaciones de impulso contrarrevolucionario. Los que piensan que Bolsonaro es sólo un espantapájaros se equivocan. Un espantapájaros político es una amenaza imaginaria. No es un «buey en la habitación». No es una ilusión conspirativa caracterizar al bolsonarismo como una corriente neofascista. El gobierno de Bolsonaro es una coalición de extrema derecha con un proyecto bonapartista. Y la retórica golpista es tanto una demagogia táctica como una apuesta estratégica para la consolidación de una corriente con influencia de masas de tipo fascista, que se prepara para una larga lucha, sea cual sea el resultado electoral.

b) Bolsonaro no es un «cadáver insepulto». El resultado de las elecciones de 2022 es todavía imprevisible. La elección de Lula sigue siendo, en este momento, un año antes de las elecciones presidenciales, la hipótesis más probable. Pero eso es una suposición en los cálculos de probabilidad con márgenes de incertidumbre. Bolsonaro se presentará como el enemigo número uno de la izquierda y enfrentarlo es una cuestión de principios irreductible. Sí, los principios son importantes. Combatir el fascismo sin inmutarse es un principio.

Ignorarla también sería fatal. Desmoralizaría a nuestra base social. El fascismo puede ser combatido en todos los terrenos, incluido el electoral, pero no puede ser derrotado con un solo voto en las urnas. La lucha será compleja. El debate sobre cuál debe ser la táctica electoral del PSOL no se resolverá, prudentemente, hasta el primer semestre del próximo año, lo cual es bastante justo. Pero una táctica electoral se define en función de un objetivo central. No puede haber dos, tres, cuatro, objetivos equivalentes. Cuando se trata de una lucha por la conciencia de decenas de millones, no se puede luchar contra todos al mismo tiempo. No elegimos las condiciones «ideales» para luchar.

Presentar la propia candidatura en la primera vuelta significará, aunque diferencie el ataque a Bolsonaro de la crítica a Lula, una ubicación muy peligrosa. ¿Es razonable elegir a Bolsonaro como enemigo y a Lula como adversario? ¿Es razonable preferir luchar contra Bolsonaro, junto a todos los movimientos sociales y el PT, sólo en una hipotética segunda vuelta?

c) La hipótesis de que el rechazo a Bolsonaro será suficiente para que sea derrotado fácilmente es sólo una conjetura. Y el problema no es sólo electoral. El peligro de una derrota histórica se planteó seriamente y, aunque ahora está más lejano, debe preocuparnos, porque aún no está descartado. Una derrota histórica es una inversión de la relación social y política de fuerzas de máxima gravedad y tan desfavorable que toda una generación queda desmoralizada durante un largo intervalo. Los contrahechos son

ejercicios lógicos temerarios pero ineludibles cuando reflexionamos sobre el campo de posibilidades del pasado. Hoy sabemos que el impacto de la pandemia fue clave para el desgaste ininterrumpido del último año y medio. Pero también sabemos que la influencia del bolsonarismo se mantiene como mínimo en un piso del 20% del electorado y su núcleo duro no es inferior al 10%. Es muy difícil predecir que no llegará a una segunda ronda. Y no podemos descartar que una parte de la fracción burguesa que apoya una tercera vía y el sector de masas que la acompaña se pase a apoyar a Bolsonaro.

2. ¿La táctica del Frente Único Obrero no tiene sentido en el siglo XXI?

a) La táctica del Frente Único fue elaborada por la Tercera Internacional y posteriormente desarrollada por León Trotsky en el dramático contexto de la lucha contra el nazismo en Alemania. La idea más importante es simple. En una situación defensiva, los revolucionarios deben luchar por la unidad de las organizaciones que representan a los trabajadores y a los oprimidos, por lo tanto, también, de todos los partidos de izquierda, incluso, los más reformistas, para construir una trinchera, barrera, muro contra el enemigo de clase. El objetivo es impulsar la lucha. El eje de la táctica es la comprensión de que la unidad refuerza la confianza y genera mejores condiciones para poner en marcha millones y salir de la defensiva. La táctica prioriza el terreno de la acción directa: la preparación de actos, marchas y huelgas, cuando sea posible, para cambiar la relación social de fuerzas.

Es lo que hizo el PSOL al ayudar a construir la campaña Fuera Bolsonaro, que celebró seis jornadas nacionales basadas en una convocatoria unitaria del Frente Brasil Popular (donde el PT tiene más influencia) y del Frente Pueblo Sin Miedo (donde el PSOL tiene más autoridad). Trotsky no criticó al Partido Comunista (PC) de Alemania, por ejemplo, por presentar su propia candidatura. No porque subestimara a Hitler. Escribió un clásico, advirtiendo incansablemente del peligro de una derrota histórica, que finalmente se produjo. Pero porque consideraba que el peso relativo del PC lo legitimaba. La fuerza propia cuenta mucho a la hora de definir la táctica de los revolucionarios. Pero ella no excluye la posibilidad, también, de la presentación de un Frente Electoral de Izquierda. Esta decisión se basa en el criterio de la evaluación de la relación política de fuerzas, tanto en la sociedad como dentro de la izquierda.

b) Al final, ¿es el PT un partido de izquierda? En la tradición marxista, el criterio clave para definir si un partido es de izquierdas es social, de clase, no ideológico. Es decir, se admite que los trabajadores son un sujeto social que está representado por diferentes partidos, desde los más moderados hasta los más radicales. Hay quienes no están de acuerdo. Sostienen que Ciro Gomes (PDT), por ejemplo, un demagogo burgués especializado en la retórica histriónica, estaría a la izquierda del PT. Hay quienes sostienen que un partido se define esencialmente por su línea política: es de derechas, de centro, de izquierdas o las variantes intermedias. Este criterio es insuficiente e ingenuo. El vocabulario político fluctúa en función de las cambiantes relaciones de poder social y político, y también de la presencia en el gobierno o la oposición. Ningún partido burgués ha participado nunca en un gobierno obrero en una dinámica de ruptura con el capitalismo. Pero durante más de cien años, la burguesía ha conseguido atraer a los partidos obreros para que colaboren en los gobiernos burgueses. La elaboración marxista conceptualizó que un partido reformista, cuando está en la oposición, es un partido obrero-burgués, mientras que cuando está en gobiernos de

colaboración de clases es un partido burgués-obrero, una solución dialéctica-teórica.

c) El PT es el mayor partido que la clase trabajadora brasileña ha construido en su historia. Surgió como un partido obrero de masas de tipo laborista. No ha dejado de serlo, a pesar de trece años de gobiernos de colaboración de clases. Es un tipo especial de partido de izquierda. Es un partido electoral y reformista. Es un aparato electoral profesional, pero no porque concurra a las elecciones. Es electoral porque ha dependido durante muchas décadas de los mandatos parlamentarios y de la financiación pública para sobrevivir, no de su militancia. Es reformista, no porque luche por las reformas, sino porque se adapta al régimen. Reformista porque defiende la regulación del capitalismo.

Pero la condición electoral y la política reformista no convierten al PT en un partido burgués. Un partido es burgués cuando mantiene relaciones estructurales con alguna fracción de los capitalistas. Así que el PT es muy diferente del peronismo. Conoció una génesis en los años 80, su apogeo en el cambio de milenio, y entró en una lenta decadencia al menos desde 2013, pero inició una recuperación tras el golpe institucional de 2016. Reconocer la naturaleza de clase de un partido no equivale a decir que su política representa los intereses de la clase. Es mucho más complicado. Un partido reformista puede ser un instrumento adaptado a la gestión del capitalismo y, al mismo tiempo, relativamente, independiente de la burguesía. Esto significa que tiene libertad para hacer «giros políticos a la izquierda», con mayor ímpetu si está en la oposición.

3. ¿Apoyar a Lula en la primera vuelta es seguidismo al PT?

a) Hace cinco años que el PT fue desplazado del gobierno, no cinco meses. El punto de partida de cualquier debate debe ser la respuesta a una pregunta ineludible: ¿hubo un golpe institucional en Brasil en 2016 contra el gobierno de Dilma Rousseff, sí o no? ¿Seguimos en una situación reaccionaria, y por tanto defensiva, sí o no? La minoría del PSOL cree que la cuestión clave no es esa. Creen que la cuestión decisiva es caracterizar que la candidatura de Lula tendrá un programa reformista y un arco de alianzas, aunque sea con la sombra de la burguesía. Esta valoración es muy probable. Y, en caso de una victoria electoral del PT, justifica irremediablemente la decisión de no entrar en un gobierno de Lula, por razones de principio. Pero, ¿la derrota de Bolsonaro, aunque sea electoral, sería una victoria importantísima o no? Tenemos, pues, una paradoja dialéctica. La victoria de Lula sería progresista, pero un nuevo gobierno de colaboración de clases sería regresivo. El problema es saber si este criterio debe ser suficiente para hacer imposible el apoyo electoral en la primera vuelta.

En particular, cuando se admite dicho apoyo en la segunda ronda. Porque vale la pena recordar que esta posición es un desplazamiento: el PSOL nunca ha pedido el voto para el PT en la segunda vuelta. Esta premisa devalúa dos elementos clave. Primero, el peligro Bolsonaro. En segundo lugar, la inmensa mayoría de los trabajadores y los oprimidos, incluso, entre la vanguardia, políticamente, más consciente, a pesar de todo, y este «todo» es inmenso, ya ha decidido apoyar a Lula desde la primera ronda.»

b) La brújula de la política revolucionaria no se reduce a la evaluación de las condiciones objetivas para la definición de la táctica. Uno de los pilares «graníticos» de la herencia marxista, en particular, el saludable «empirismo» leninista, es la apreciación de las

oscilaciones de la conciencia de clase. La esperanza en Lula es mayor que la expectativa en el PT. Lula dejó la presidencia en 2010, hace once años, con un alto prestigio, un índice de aprobación superior al 80%. ¿Representa Lula, ante la conciencia de los trabajadores y la juventud, un instrumento para derrotar a Bolsonaro, sí o no? ¿Las masas hicieron la experiencia con el PT? ¿La experiencia con el PT ha sido interrumpida o no? La respuesta es que, incluso entre el activismo más joven y radicalizado, el liderazgo de Lula sigue siendo muy grande. La resistencia de su influencia, incluso después de la campaña que le llevó a la cárcel, es uno de los hechos centrales de la coyuntura.

Un arrastre lulista en el espacio de la oposición a Bolsonaro es, pues, una hipótesis muy probable. Una red de arrastre es una ola en forma de tsunami que arrastra todo a su paso. No habrá espacio que disputar a la izquierda de Lula. Pero, lo más triste no sería un voto dramáticamente reducido. Lo más grave es que se rompería el diálogo con lo mejor del movimiento sindical, feminista, negro, estudiantil, LGBTIA+, medioambiental, cultural y de derechos humanos. El candidato del PSOL tendría que pasar ineludiblemente toda la campaña electoral explicando sus diferencias con Lula, no la necesidad de derrotar a Bolsonaro.

c) Considerar la relación política de fuerzas dentro de la izquierda, seriamente, no es oportunismo, sino inteligencia táctica. El PSOL sigue siendo un partido muy minoritario entre los trabajadores y el pueblo. Pero el PSOL no es irrelevante, ni en el campo de la acción directa, ni en el campo electoral. Debe cuidarse de no adoptar una táctica que la reduzca a una condición invisible y marginal.

Su afirmación tiene una importancia revolucionaria. Lanzar su propio candidato es una táctica electoral, no una estrategia. Si fuera una estrategia sería una autoproclamación permanente. La táctica del Frente Electoral de Izquierda no reduce al PSOL a un satélite del PT. Un posible apoyo a Lula para las elecciones presidenciales no significa dejar de construir el PSOL como polo de reorganización de la izquierda más combativa, por tanto crítica e independiente del PT. En primer lugar, porque el PSOL puede integrar el Frente o sólo pedir el voto para Lula, dependiendo de si se llega a un acuerdo sobre el programa y el arco de alianzas. En segundo lugar, porque el PSOL presentará sus propios candidatos a diputados federales y estatales en todo el país. En tercer lugar, porque ya ha decidido lanzar a Guilherme Boulos como precandidato a gobernador en São Paulo, que será, después de la presidencial, la más importante para los cargos mayoritarios. Por último, porque el PSOL no negocia la colaboración, la integración o la participación en un posible gobierno de Lula.

esquerdaonline.com.br

https://www.lahaine.org/mm_ss_mundo.php/brasil-dos-tacticas-en-el